

XXXII Domingo Tiempo Ordinario

Sabiduría 6,12-16; Tesalonicenses 4, 13-17; Mateo 25, 1-13

« ¡Que llega el esposo, salid a recibirlo! »

6 Noviembre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«Así estaremos siempre con el Señor. Consolaos mutuamente con estas palabras»

Hace un tiempo una persona me hablaba de su inseguridad ante la vida. Hay personas que sufren su inseguridad y pueden llegar a vivir una vida trabada: *«Vivo como si fuera incapaz, cuando soy muy capaz; como si fuera tonta, cuando no lo soy. Pero yo me lo creo y no soy capaz de avanzar, ni de ser constante»*. La inseguridad nos puede bloquear hasta el punto de no dejarnos creer en lo que Dios puede hacer con nosotros. El miedo a equivocarnos o a fallar nos limita. Decía Joseph Chilton Pearce: *«Para vivir creativamente, perdamos el miedo a equivocarnos»*. Pero, ¿por qué algunas personas no se muestran tan inseguras en la vida? ¿Qué es lo que hace que algunas personas se sientan inseguras y otras no? En nuestra inseguridad podemos sentirnos pequeños ante los demás que nos parecen grandes y seguros de sí mismos; es cierto que lo hemos escuchado: *«Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces»*. Pero igualmente nos sentimos inseguros. La seguridad de los otros puede mostrarnos nuestras debilidades, esa parte escondida de nuestro ser que no somos capaces de aceptar. Leía el otro día: *«La sombra es la parte rechazada de mí mismo que me impide vivir unificado y en paz. Es mi otro yo que he mantenido oculto hasta el punto de olvidarlo, por lo que, cuando alguien me lo refleja, no lo reconozco y lo rechazo»*¹. Es el rechazo de aquello que no somos capaces de aceptar. Pero es verdad que no podemos siempre tener armas y sentirnos seguros en toda circunstancia. En algunos campos nos sentiremos seguros, y en otros, lo más normal es que no. Leía: *«Nunca llegaremos a saberlo todo. Si alguna vez te lo crees, es señal inequívoca de que ya has olvidado lo más importante»*². Nunca estaremos tan seguros como en el cielo, cuando no tengamos nada que demostrar, cuando abracemos la verdad, cuando nuestra misión esté cumplida, cuando aprendamos a descansar. Mientras tanto, en el camino que recorremos, hay inseguridad y riesgo. La persona segura de sí misma sabe que se arriesga, porque en toda decisión siempre existe un riesgo. La verdadera seguridad no procede de nuestras capacidades sino de lo alto. Es un don de Dios, es el don de la fe que nos permite caminar confiados e iluminados por una luz tenue. **Nada es seguro, la vida es un don que hay que vivir en presente.**

La santidad es también un don que imploramos siempre de lo alto. Pero muchas veces nos sentimos muy lejos del ideal que brilla ante nuestros ojos. Por eso pensamos en la necesidad de ver convertido nuestro corazón, como nos lo recuerda el P. Kantenich: *«Esperamos que no solamente seamos convertidos del pecado, sino que realicemos una segunda y una tercera conversión; que aquí surjan personalidades plenamente cristianas»*³. No queremos conformarnos con una vida huyendo de caer en pecado. Queremos una vida llena de luz, de esperanza, en la que podamos ir plasmando en nuestras obras y palabras el rostro amado de Cristo. Queremos la santidad de los niños que miran el camino con un corazón alegre y confiado. Santo Domingo Sabio, el niño que llegó a ser el primer santo al que

¹ Xavier Quinzá Lleó, SJ, "Ordenar el caos interior", 75

² Montecarlo, Eva Snijders, Ángel María Herrera, "El consejo", 237

³ J. Kantenich, "Jornada de Navidad para la consagración de un curso", 1933

acompañó Don Bosco, le decía un día: «El regalo que le pido a Dios es que me haga santo. Yo quiero darme totalmente al Señor y siento la necesidad de hacerme santo, y si no lo consigo no hago nada. Dios me quiere santo y yo quiero lograrlo». Don Bosco le contestó: «Quiero regalarte la fórmula de la santidad. Primero alegría, lo que conturba y quita la paz no viene de Dios. Segundo tus deberes de clase y de piedad. Todo ello por amor al Señor y no por ambición. Lo tercero hacer el bien a los demás. Ayuda siempre a tus compañeros aunque te cueste algún sacrificio. En eso está toda la santidad». Don Bosco recoge tres claves para alcanzar la santidad en las que me gustaría profundizar. **En primer lugar la alegría como camino de santidad.** Un corazón en paz y alegre es un corazón en el que Dios ha puesto su mirada. El otro día leía: «Lo más revolucionario hoy en día es conservar la alegría». Siempre lo decimos, un santo triste es un triste santo. La alegría es expresión de un corazón en paz y sin miedos. Contrasta la alegría de la fiesta de todos los santos con la oscuridad de la noche de Halloween, noche de miedos y de muerte. En esa noche muchos se disfrazan con el único fin de asustar y reflejan en sus disfraces la oscuridad de sus miedos. En algunos lugares se dejan abiertas las iglesias toda la noche para los que quieren orar, porque es «la noche de los santos». Pero con tantas calabazas, brujas y calaveras se nos puede olvidar lo central de estos dos días. La luz y la esperanza triunfan donde está Dios presente, frente a la oscuridad y falta de confianza en el futuro. La santidad es sinónimo de alegría y de paz. Donde hay paz, no hay miedos. Donde brilla la luz de la esperanza, no puede haber tristeza. **Donde hay alegría se ve fácilmente el rostro de Dios.**

Pensaba que ésta es la santidad que anhela el corazón. Una santidad que sepa sobreponerse a los miedos del camino, a las dificultades y a las cruces. Pero no gracias a la propia fuerza de voluntad, sino gracias al don de Dios que se nos regala cada día, cuando lo imploramos con un corazón filial. El otro día escuché cómo un enfermo de cáncer trataba de tranquilizar a su esposa: «No tengas miedo, Dios sabe lo que hace. Imagina que hay un incendio en casa y coges en brazos a nuestro hijo de siete años para sacarlo. En ese momento él te dice que sabe el camino para salir sanos y salvos y que no es el mismo camino que tú estás siguiendo. Seguro que tú le dirías que no, que tú eres su madre y conoces el camino correcto. Lo mismo le ocurre a Dios con nosotros. Él nos ama más a nosotros de lo que tú le amas a nuestro hijo. Él sabe el camino que nos puede sacar del incendio mejor que nosotros, aunque nosotros creamos que el nuestro es el correcto». Estas palabras me conmovieron cuando las escuché. Así debería ser nuestra forma de enfrentar la vida. Es necesario aprender a descansar en las manos de una madre que nos saca del peligro. Pensaba en el amor de María que vence nuestros miedos. En el amor de Dios que no nos deja nunca solos. La sabiduría de ese hombre me recuerda a la que hoy describe la primera lectura: «La sabiduría es radiante e inmarcesible, la ven fácilmente los que la aman, y la encuentran los que la buscan; ella misma se da a conocer a los que la desean. Quien madruga por ella no se cansa: la encuentra sentada a la puerta. En ella es prudencia consumada, el que vela por ella pronto se ve libre de preocupaciones; misma va de un lado a otro buscando a los que la merecen; los aborda benigna por los caminos y les sale al paso en cada pensamiento». Sabiduría 6,12-16. Es la sabiduría de los santos, de los que han recorrido el camino llenos de confianza, de los que saben que su vida no les pertenece. Decía el P. Kentenich: «El santo de la vida diaria piensa, ama y vive como hijo de la Providencia y como enamorado de la sabiduría eterna»⁴. El santo vive de la Providencia, porque sabe que Dios conduce su vida y él puede dejarse llevar sin miedos. Ser santo es hacer vida la voluntad de Dios. **El peligro es cuando, al ver tan lejos el ideal de la santidad, nos desanimamos porque nos vemos incapaces de llegar tan lejos.**

Don Bosco señalaba un segundo aspecto importante para ser santos, hacerlo todo por amor, con amor y para el amor. Nuestros deberes y obligaciones, nuestros compromisos asumidos. Muchas veces no es al amor lo que nos mueve. Nos mueven otras cosas: «El

⁴ J. Kentenich, M.A. Nailis, “Santidad de la vida diaria”, 131

*ansia de felicidad va inseparablemente unida a la naturaleza humana. Vamos tras el dinero y los bienes, tras la honra y el prestigio y tras el placer, porque queremos ser felices y amamos a Dios y somos fieles, porque queremos ser felices»*⁵. Es el deseo de felicidad lo que nos lleva a hacer lo que Dios quiere. José Engling, el primer hijo espiritual del P. Kentenich, cuyo proceso de beatificación está abierto, le decía a María: *«Querida María, aquí me tienes nuevamente como ofrenda. A ti te ofrezco todo lo que soy y poseo, mi cuerpo, mi alma con toda su capacidad, todos mis bienes, mi libertad y mi voluntad. Soy tuyo, haz de mí lo que quieras»*. Su vida entregada con humildad es un testimonio de santidad. Siguiendo las palabras del P. Kentenich, él estaba dispuesto siempre a hacer de forma extraordinaria lo ordinario. Deberíamos ser capaces de vivir siempre así, poniendo todo nuestro amor en lo que hacemos. Decía Toni Nadal, entrenador del tenista Rafael Nadal: *«Hay que poner siempre toda la ilusión en lo que se hace, no sólo cuando las cosas van bien. Muy a menudo buscamos la satisfacción en la meta y no el trabajo que cuesta llegar hasta ella»*. La santidad es vivir cada día como si fuera el último. Consiste en amar la vida y disfrutarla con pasión. Sin caer en el desánimo. Dice Emilio Duró en un curso de motivación para la vida: *«Sólo se cansan aquellos que no disfrutan. Sólo nos cansamos si hacemos algo que no nos llena. Hagamos sólo lo que nos apasiona. La vida es corta»*. Aspiramos a vivir una santidad que es entrega sin reservas. No queremos cansarnos de darlo todo. No hay tiempo para el aburrimiento. Hay que vivir la vida apasionadamente. **Sólo si ponemos el corazón como prenda atraeremos corazones.**

Hoy aspiramos a mantener encendido el fuego del amor. La imagen de las vírgenes con el fuego encendido nos recuerda el ideal al que aspiramos. El P. Kentenich hablaba con frecuencia del ideal de santidad que debía mover nuestro corazón y señalaba lo importante que era tener altos ideales que movieran nuestra vida: *« ¡Que Dios despierte en nuestras filas hombres y mujeres que, como los antiguos profetas, pasen como una ráfaga de tormenta barriendo las hojas marchitas de un árbol podrido y, una y otra vez, llamen a la lucha y se pongan a sí mismos y a los demás altísimas exigencias!»*⁶. Resaltaba la importancia de mantener encendido el fuego del ideal ante nuestros ojos: *«Nosotros, los que ya somos mayores, nos entusiasmos por los ideales justamente a raíz de que hemos experimentado dolorosamente nuestros límites y debilidades en la dura lucha de la vida. No volvemos la espalda al ideal. No lo decoloramos ni lo falseamos, sino que dejamos que se irradie cada día de nuevo en nuestra alma, con la fuerza de su luz y su calor»*⁷. Cuando el ideal no se marchita es posible caminar toda nuestra vida aspirando a vivir de una forma nueva. Cuando aspiramos a las más altas cumbres no nos conformaremos con llevar una vida mediocre. Aunque hayamos vivido la decepción o el fracaso. En la oscuridad está llamada a brillar la luz de nuestra lámpara encendida, la luz del fuego que arde en nuestro interior. **Cuando dejamos que los años apaguen la luz quiere decir que hemos perdido la esperanza.**

El tercer aspecto que tiene que cuidar el santo de la vida diaria es el amor al prójimo y el amor a Dios. Decía el salmo: *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío. Oh Dios, tu eres mi Dios, por ti madrugo; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua. Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote. En el lecho me acuerdo de ti y velando medito en ti, porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo»*. Sal 62, 2. 3-4. 5-6. 7-8. La santidad es amor. Amor a Dios que nos transforma en fuente de amor para otros. Amor a los hombres que se hace entrega humilde y silenciosa a la vida ajena. Pero en esa entrega de amor experimentamos nuestra pequeñez y nos sentimos incapaces de amar más, no sabemos amar como Dios nos ama. Una persona me decía: *«Ojalá tuviera el alma sana y grande, pero está encogida y muerta de miedo. Aún así, Dios es más poderoso. Escoge a los pequeñitos, así que*

⁵ J. Kentenich, M.A. Nailis, "Santidad de la vida diaria", 119

⁶ J. Kentenich, "Carta 6 mayo 1948, desde Nueva Helvecia", (Uruguay)

⁷ H. King, J. Kentenich, "Textos pedagógicos", 330-331

algo hará conmigo». Nuestra alma pequeña está llamada a dejarse tomar por Dios hasta lo alto, hasta el cielo. La experiencia de la debilidad es parte de nuestro camino, porque con frecuencia nos sentimos muy pequeños e inseguros. Asumir la debilidad es importante para poder seguir caminando. Cuando pensamos que todo depende de nuestras fuerzas nos acabamos desquiciando. Por eso la santidad no es fruto de un esfuerzo consciente. No nos hacemos santos a base de golpes. Es cierto que es necesario trabajar, ya que la santidad no ocurre por arte de magia. La disciplina y el deseo de crecer son lo primero. Pero nosotros lo que hacemos es ir a buscar aceite, la llama la mantiene Dios encendida. El aceite es el paso al frente que damos con nuestro sí. Es nuestra entrega sencilla y pequeña. Nuestro sí renovado cada día. Dios en su amor va modelando nuestro corazón, cuando nosotros damos nuestro sí para que Él actúe. El otro día leía: *«Dios nos transforma dándose Él a nosotros primero, no al revés. Dios nos cambia porque nos ama, porque nos comunica su amor»*⁸. El amor de Dios es el que hace posible la transformación del alma. **Pero sólo cuando dejamos que sus manos sean dueñas del timón de nuestra vida.**

Esta semana la imagen de las vírgenes y sus velas encendidas nos hablan de fidelidad: *«En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: -Se parecerá el reino de los cielos a diez doncellas que tomaron sus lámparas y salieron a esperar al esposo»*. La tradición judía en las bodas era la siguiente: el último día de los festejos nupciales, el novio, acompañado por sus amigos, al caer el día, iba a la casa de la novia. Allí esperaban al novio unas amigas de la novia, para iluminarle el camino con lámparas, hasta el lugar donde se encontraba la novia. Se trasladarían entonces todos a la casa del novio donde se celebraría el matrimonio y el convite. El Reino de los cielos entonces se parece a la espera paciente de unas mujeres. Esperan la llegada del novio y la fiesta del banquete. El Reino nos habla de la virtud de la esperanza. Esperar es anhelar aquello que no poseemos, lo que todavía no vemos. Es la fidelidad en el camino, anhelando llegar a la meta. Es creer en una realidad que sólo vislumbramos con los ojos de la fe, porque el mundo no nos presenta un futuro muy optimista. Nuestra mirada puede ver gracias al fuego de las lámparas encendidas. Sin esa luz no seríamos capaces de caminar. Sin esa luz muchos no podrían ver. El testimonio de nuestra fidelidad, de nuestra perseverancia constante, es la luz que ilumina cómo debe ser la fidelidad de Dios. Esperar junto a la luz de la lámpara es la antesala de lo que es un banquete para la vida eterna. **Nosotros sólo aportamos el aceite.**

El Evangelio nos señala dos actitudes ante la vida. La primera es la actitud pasiva de las vírgenes necias: *«Cinco de ellas eran necias y cinco eran sensatas. Las necias, al tomar las lámparas, se dejaron el aceite»*. La falta de previsión hace que las lámparas no tengan aceite suficiente y tienen que salir a comprar más: *«Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo»*. Y por eso no regresan a tiempo: *«Más tarde llegaron también las otras doncellas, diciendo: - Señor, señor, ábrenos. Pero él respondió: -Os lo aseguro: no os conozco»*. La prudencia es la virtud que nos permite saber cómo debemos actuar en cada momento guiados por Dios. Cuando nos dejamos llevar por nuestro egoísmo, y no actuamos, nos pasa lo que a estas vírgenes necias. Por eso es tan claro el mensaje de Jesús: *«Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora»*. Mateo 25, 1-13. Es cierto, no sabemos cuándo llegará el Señor a encontrarse con nosotros. Dice S. Ambrosio: *«Los beneficios divinos no se otorgan a los que duermen sino a los que velan»*. La vida tiene incertidumbres y tenemos que aprender a velar y estar atentos, esperando el momento en que el Señor venga a buscarnos: *«El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: -¡Que llega el esposo, salid a recibirlo! Entonces se despertaron todas aquellas doncellas y se pusieron a preparar sus lámparas»*. Tener las lámparas encendidas y aceite suficiente en nuestras lámparas es sinónimo de vivir en guardia, **atentos y dispuestos a la acción donde Dios nos quiera.**

⁸ Xavier Quinzá Lleó, SJ, “Ordenar el caos interior”, 65

Las vírgenes necias buscan ayuda pero, cuando lo hacen, ya es demasiado tarde: *«Y las necias dijeron a las sensatas: -Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas. Pero las sensatas contestaron: -Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis».* La actitud pasiva y negligente de las vírgenes no se puede arreglar a última hora. Ellas perdieron su tiempo y no hay egoísmo en las vírgenes prudentes. No es un aceite material, se trata del aceite de nuestro sí, de nuestra adhesión personal a Cristo. Dice S. Agustín: *«Era como decirles: ¿De qué os sirven ahora todos aquellos a quienes solíais comprar la adulación? Cuando se alejan con el corazón, cuando piensan en tales cosas, cuando dejan de mirar a la meta y volviéndose atrás recuerdan sus méritos pasados, es como si fueran a los vendedores».* El mundo parece llenar nuestro corazón cuando nos volcamos en él buscando fama, adulación, gloria y placer. En el mundo nos saciamos y, satisfechos, vemos cómo se va enfriando el fuego de nuestro amor y la lámpara se apaga. Todo pasa. No podemos pedir que luego nos den lo que no hemos conquistado con la vida. Queremos salvar el mundo y nos hundimos a veces con él. Somos necios. Los criterios del mundo mandan. **Hay que levantar el alma y avanzar contracorriente.**

La segunda actitud es la de las vírgenes sensatas: *«En cambio, las sensatas se llevaron alcuzas de aceite con las lámparas».* Ellas fueron fieles y guardaron suficiente aceite para que las lámparas estuvieran encendidas hasta el final. Benedicto XVI resalta la importancia de actuar a partir de la experiencia de la bondad de Dios en nuestra vida: *«Acordarnos de la bondad del Señor. La memoria se convierte en fuerza de la esperanza. El recuerdo nos dice: Dios está, Dios es bueno, eterna es su misericordia. Y así el recuerdo abre, incluso en la oscuridad de un día, de un momento, el camino hacia el futuro: es la luz y la estrella que nos guía».* Cuando miramos hacia atrás vemos su paso y comprendemos la fidelidad de aquel que nos ha creado. Es el aceite del amor recibido. Su fidelidad nos ayuda a ser fieles. Por eso podemos perseverar: *«Y si hoy estoy en la noche oscura, mañana Él me libera porque su misericordia es eterna».* Dios nos está esperando mientras nosotros esperamos su venida. Es una espera mutua que tenemos que alimentar con la luz del fuego de nuestras lámparas, con nuestra generosidad, con nuestro amor. Cuando nos descuidamos se nos acaba el aceite. Debemos ser sensatos y acumular aceite. El tiempo que le dedicamos a Dios, nuestra oración, nuestro amor en obras concretas, nuestra misericordia entregada. Esa fidelidad dura y sencilla, de cada día, en la noche, en la espera. Fidelidad rocosa, a veces complicada. Esa fidelidad que duele el alma en momentos y en otros es sólo vida. **Fidelidad del amor que se hace grande por obra del Espíritu en nosotros.**

Nuestras lámparas encendidas iluminan el camino que nos lleva a la vida eterna. El final de nuestra vida es sólo el comienzo de la vida verdadera: *«Y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta».* Se nos olvida lo que hoy S. Pablo nos recuerda: *«Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza. Pues si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo, a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús, los llevará con él. Después nosotros, los que aún vivimos, seremos arrebatados con ellos en la nube, al encuentro del Señor, en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras».* Tesalonicenses 4, 13-17. Todo tiene un sentido en el plan de Dios. La muerte, que con su silencio rocoso parece poner fin a los sueños, es sólo la puerta a una vida plena. Nosotros iluminamos el camino. Hace poco leía: *«Todos nuestros sufrimientos, si los llevamos con paciencia y se los ofrecemos a Él, serán una constante fuente de alegría y no de penas. Porque Él acoge cada gota de tristeza que le ofrecemos con todo el amor del mundo. Y la utiliza»*⁹. Nuestros sufrimientos no son en vano. El dolor de esta vida tendrá sentido, aunque nos cueste entender. Las lámparas que arden nos recuerdan hacia dónde vamos. **Nos hablan de un banquete, de un Reino de plenitud, de esperanza. Nos hablan de la luz de Dios.**

⁹ María Vallejo-Nájera, “Un mensajero en la noche”, 157